

La casa que guardaba un secreto

Claudia Adriázola Arze

loqueleq

Para Diana Lou, Sophia y Emilia, las más pequeñas.

Frío, mucho frío

9

Cuando Leonardo despertó, sentía la punta de la nariz congelada. En realidad, ya en cuanto abrió los ojos, tuvo la sensación de que el frío había sido el culpable de que despertara casi una hora antes de que sonara la alarma de su despertador.

Envolvió la cabeza en la manta y trató de volverse a dormir.

Casi casi lo había logrado cuando un recuerdo invadió de golpe su mente.

¡Chisla!

Había dejado al perrito de sus amigas encerrado en el sótano y a esas alturas probablemente estaría muerto de frío. Literalmente.

Se levantó de un salto, se envolvió entero con la frazada como si fuera una oruga, calzó sus zapatos y bajó los dos pisos hasta llegar al sótano lo más rápido que pudo. En el camino, la manta se le enredó

un par de veces entre los pies, y estuvo a punto de rodarse los dos pisos completos.

Antes de abrir la puerta del cuarto en el sótano, aspiró aire profundamente para prepararse para lo que posiblemente iría a encontrar; es decir, un pobre perro congelado.

Bajó la manija de la puerta y la abrió lentamente.

10 En un rincón, el chico vio a Chisla hecho una bolita y se imaginó lo peor.

De pronto, el pequeño perro levantó la vista y gimió casi sin fuerzas. Leonardo corrió a su lado y lo levantó en brazos susurrándole cuánto lo sentía. Se alegraba inmensamente de que siguiera vivo, a pesar del frío increíble que hacía allí abajo.

¡Pero qué torpeza la suya! ¿Cómo se le había ocurrido dejar al animal solo en ese lugar?

No había duda; la tarde anterior había sido muy extraña, llena de sucesos sorprendentes y no podía pensar en otras cosas. Pero poner en peligro a la pobre mascota de sus amigas Anahí y Mimbi había sido la mayor tontería de todas. ¿Dónde es que tenía la cabeza?

Metió al peludo entre sus brazos y lo cubrió también con la frazada, mientras el pequeño le la-

mía agradecido la barbilla. Luego, subió lentamente cada grada hasta llegar a su habitación donde regresó a la cama. Logró dormir un poco más, abrazando al pequeño animal, que se había recuperado por completo de la noche tan helada que por su culpa había pasado.

Entre sueños, el chico recordó los días anteriores y cómo fue que todos esos sucesos descabellados lo habían llevado hasta el punto tan extraño en que ahora se encontraba.

Misterio a la vista

12

Aquel día la abuela Nicolasa se levantó temprano y puso leche a calentar para el desayuno. Luego, se acomodó en el sillón de la sala, lista para leer el periódico que recibía cada día en casa.

—Hijo, pásame mis anteojos —le pidió a Leonardo, que tomaba de un sorbo toda su leche, porque ya estaba tarde para ir a hacer su trabajo para el colegio.

De pronto, se escucharon unos golpes tímidos en la puerta. Leonardo entregó los anteojos a la anciana y abrió. Al otro lado estaba, sonriente como siempre, su mejor amigo, Julián.

—¡Hola, doña Nicolasa! —saludó dándole un beso en la mejilla a la anciana. Y después se giró hacia su amigo, que le susurró disimuladamente que quería contarle un poco más acerca de lo que le había escrito más temprano por el chat.

Ambos se hicieron a un lado para poder hablar.

—Te prometo, Juli, siento que hay algo extraño que envuelve toda esta casa.

—¿Algo extraño como qué? ¿A qué te refieres, Leonardo? —respondió el chico ladeando un poco la cabeza y achinando los ojos—. Esta mañana, ¿qué me escribiste? No entendí nada.

—¿Recuerdas que te conté sobre los ruidos extraños que escuché hace un tiempo en la casa que está pegada a esta?

—Sí, sí.

—Bueno, pues eso ya fue muy raro. Esa casa ha estado abandonada desde que tengo memoria... Nunca nadie la ha habitado en mis quince años de vida acá.

—O sea, desde que naciste, ¿verdad, Leo...? —recordó Julián moviendo la cabeza afirmativamente y agarrándose la quijada de una forma extraña.

—¿Por qué haces ese gesto tan raro, viejo? —le preguntó Leonardo ahogando una risa y dándole un empujoncito con el hombro.

—¿Qué están cuchicheando allí? —interrumpió curiosa la abuela, mirándolos por encima de sus lentes y poniendo la mano en forma de cuenco de-

trás de la oreja para poder escuchar mejor. Tal era la seriedad en su cara, que Julián dio un paso hacia atrás visiblemente nervioso. Casi como si acabara de ver un aparecido.

14

—De una fiesta a la que queremos ir, abu —Leonardo alzó la voz para dirigirse a la mujer y codeó suavemente a su amigo para que le siguiera la corriente.

La abuela arrugó un poco más la cara.

—Sí, doña Nicolasa. Mañana tenemos fiesta... otra vez... —la risita que lanzó luego sonó hueca y artificial.

El gesto ceñudo de doña Nicolasa y el chasquido que hizo con la lengua dejó entrever que mucho mucho no les había creído.

—Bueno, abu. Nos tenemos que ir a terminar el trabajo práctico y luego tenemos que volar al colegio —se apuró Leonardo, dándole un beso en la cabeza a la anciana. Y dirigiéndose a su amigo—: ¿Vamos, Julián? Se nos hace tarde...

—Sí. Vamos. Esteee, chau, doña Nicolasa. Ya nos vemos otro día —arrastró las palabras, achinó los ojos y sonrió con toda la boca, tratando de caer en gracia a la anciana, que no decía nada.